

# GEMAS BIZANTINAS

LOS ESTUDIANTES de la cultura helénica suelen quedarse en el siglo de Pericles, cuando no en los remotos tiempos de Homero. Y como toda grande literatura, la griega tiene sus desmayos y sus florecimientos. No solamente la etapa alejandrina, en que tales maravillas florecen, sino las que se suceden en el curso de la flúida y deslizante corriente. Hasta los días hodiernos, en que la Héléade tiene también valores poéticos que alguna vez presentaré aquí.

En el reinado de Justiniano (527-565), hubo un renacimiento de la bella poesía. Los aúlicos se dieron a la revisión y a la elaboración de los temas antiguos. Hubo entre los magnates quien escribiera tan bien como en los días de Teócrito, Mosco, Bión, o al menos del poeta semítico que canta en lengua griega, Meleagro, que florece en Perea, la Trasjordania de hoy, aún antes de nuestra era y en realidad es contemporáneo de Cristo. El griego de Meleagro es bello, pero el de Agatías y Pablo Silenciarario es más bello. Tiene además, el encanto de un melancólico cristianismo que, como las flores entre las ruinas, se abre paso en las murallas de la reconstrucción helénica.

De estos dos poetas aúlicos daré abajo poemas. Con la agravante de que los he esclavizado a la medida. Ritmo y rima castellanos son medios de hacer que se valoricen estos dos poetas. Tienen algo de la pasada vida y mucho de la nueva. Sus poemas de amor, que Planudio recogió con esmero en la Antología, tienen la tónica moderna, un poco sentimental. Si no fuera una manera frívola de ver los grandes fenómenos culturales, diríamos que son "románticos" y aun "modernistas". Juzgue el lector. Y lleve por delante que he tratado de traicionarlos en lo menos posible en esta versión métrica que se avergüenza de aparecer en público, con el polvo de varios años de elaborada.

AGATÍAS nace en 536 y muere en 582. Estudia leyes en Alejandría. Hizo una larga colección de epigramas, recogidos de la antigüedad, parte de los cuales tenemos en la Antología. El mismo escribió más de cien, muchos conservados en el mismo repertorio poético. Fuera de otros escritos, no hay que olvidar su continuación de la Historia de Próspero de Cesárea.

El carácter de este poeta es el de un griego, dulce y bello. Su pensamiento, con poca originalidad, tiene encanto indudable. Van abajo tres epigramas encarcelados en la prisión del soneto, y en los cuales no hay mucho de que acusarme por haberlos artificializado. Cupieron con suficiencia.

PABLO SILENCIARIO. Contemporáneo del anterior. Grande amigo suyo que a veces concierta en verso. Este llega a ugier de la Corte de Bizancio. Tiene mayor encanto y en muchos puntos es mucho más moderno. No creo haberlo traicionado en esta versión. Como dato curioso diré que el que comienza: "Ni la rosa guirnalda necesita..." en el epigrama griego tiene cincuenta y siete palabras y en el poema que intenta darlo en castellano tiene ciento dos. Lo cual nos muestra la diferencia de las dos lenguas. Van abajo poemas de este vate en mayor número que los de su compañero.

Andando el tiempo daré mis versiones de Meleagro, que por su antigüedad y su carácter de semítico tienen especial interés.

# TRES POEMAS DE AGATÍAS

I

(Ant. v, 280)

¿Sufres también de amor la pesadumbre?  
¿afán de amor a ti también domina?  
¿o con enjutos ojos, oh Filina,  
llevas de un sueño oculta dulcedumbre?

¡Tú en nada estimas mi amorosa lumbre!  
Igual suerte hallarás: tu purpurina  
mejilla miraré cómo declina  
de lágrimas a larga muchedumbre.

¡Ay, desdichada! Cipris, si de males  
en todo lo demás es productora,  
esto de bueno tienen sus fatales

dones también: se vuelve vengadora  
de la altivez: con lágrimas iguales  
la desdeñosa ayer, mañana llora.

II

(Ant. v, 273)

La que arrogante de su brillo antaño  
rizadas crenchas sacudía orgullosa,  
y de mis cuitas se jactaba airosa,  
de la vejez hoy se doblega al daño.

Perdió su gracia ya: la piel rugosa,  
caído el entrecejo, el ojo huraño,  
y balbuciente el labio, con extraño  
triple de vieja, ambula trabajosa.

Que del amor son Némesis las canas  
y vengan de la altiva la arrogancia  
cual exacta verdad yo clamaré.

¡Jueces terribles llegarán ufanas  
con más presteza a la orgullosa estancia  
de la que invulnerable se creía!

III

(Ant. v, 261)

No soy amante de beber el vino,  
pero si quieres que a embriaguez me rinda,  
gusta primero con tu boca linda  
la copa, y dame, y beberé sin tino.

Ya que tu labio la tocó divino,  
fácil no es que de beber prescindas  
y agote la dulzura que me brinda  
de ese licor el trago purpurino.

Porque la copa en sus perfiles preso  
el encanto que guarda de tu beso  
a mí transmitirá cuando yo libe;

de tu beldad mudada en mensajero,  
presagio de una dicha que yo espero,  
la gracia cuenta que de ti recibe.

# SIETE POEMAS DE PABLO SILENCIARIO

## I

(Ant. v, 217)

De intacta doncella el cinto suelta  
a Dánae Zeus, en oro convertido,  
que el tálamo de bronce protegido  
su robustez al oro vio disuelta.

Yo vi en el mito esta lección envuelta:  
"Todo avasalla el oro", hasta el erguido  
fortín de bronce y vínculo fornido:  
cerrojos rompe, a llaves da la vuelta.

Aquellas mismas, las de altivo ceño  
el oro rinde: a Dánae las entrañas,  
en torre inclusas, sujetó cual dueño.

¡Ah Pafia, amante, mira que te engañas!  
si de vencer en el tenaz empeño,  
con ofrendas de plata te acompañas.

## II

(Ant. v, 221)

¿Hasta cuándo celar en las miradas  
la fulgurante llama de los ojos?  
¿por qué mirarnos siempre con sonrojos  
y vernos con furtivas ojeadas?

¡Salgan a luz las cuitas recatadas!  
que si alguno opusiere sus antojos  
a dulce unión que mata los enojos  
y las congojas deja aniquiladas,

una espada será la medicina  
que dé a los dos la solución segura  
para vencer inexorable suerte:

siempre a buscar mi corazón se inclina  
para nosotros, cual mayor dulzura,  
la vida unidos, o, en unión, la muerte.

## III

(Ant. v, 236)

Es la pena de Tántalo más leve  
en el negro Aqueronte, que la mía:  
él no ve tu beldad, ni obstado ansía  
de tus labios libar la rosa breve.

Lloro sin causa a Tántalo conmueve:  
si la colgada roca, que porfía  
en oprimirle, teme, no la fría  
muerte otra vez avasallarle debe.

Y en cambio yo... si permanezco vivo,  
furioso afán me agita y me devora;  
a su feroz crueldad me rindo inerte

y en impotentes ansias me desvivo,  
porque fija contemplo a toda hora,  
ante mis ojos, la cercana muerte,

## IV

(Ant. v, 239)

Ya se apagó de trepidente llama  
ímpetu airado: ya no me tortura,  
pero muriendo estoy, porque la dura  
Pafia sus hielos en mi ser derrama.

Quando mis carnes ya abrasó la llama,  
aquel amargo Eros se apresura  
con anhelante respirar, e impura  
frialdad de los reptiles desparrama

en mis huesos y entrañas inclemente:  
así del sacrificio cuando cesa  
la víctima de arder completamente,

la antes de fuegos insaciables presa,  
ya de pábulo falta, llama ardiente,  
por sí sola, congélase en pavesa.

## V

(Ant. v, 268)

Nadie ya tema del amor la herida:  
que las saetas de su ardiente aljaba  
insaciable y voraz Eros me clava  
todas, hasta dejarla consumida.

De sus alas no tiemble a la venida,  
que su talón cuando en mi pecho hincaba,  
su pie cruel allí también plantaba  
para poner en mi alma su guardida.

Allí está sin bullir, indiferente  
a mi tortura, inmóvil, sonriente  
del fruto amargo de sus artes malas,

y, para no dejarme el traicionero,  
lindo en el rostro y en el alma fiero,  
ya para siempre se cortó las alas.

## VI

(Ant. v, 266)

Dicen que el hombre en quien filtró veneno  
de enloquecido can rabioso diente,  
de la fiera la imagen ve presente  
de cualquier agua en el cristal sereno.

Así fue en mí tal vez: el inclemente  
Eros rabioso me clavó en el seno  
diente feroz, y el pecho dejó lleno  
con mil locuras de furor ardiente.

Pues, si del ponto el oleaje miro,  
tu imagen amorosa me revela;  
si de los ríos estrepitoso giro,

allí también tu rostro se encarcela;  
si la copa a beber acaso aspiro,  
hasta en el vino tu semblante vela.

## VII

(Ant. v, 270)

Ni la rosa guirnaldas necesita,  
ni tú ropajes, ni enojado velo  
en que de gemas el fulgor palpita.

De tu cutis las perlas sienten celo  
y con el brillo de tu cabellera,  
si el oro pugna, cúbrese de duelo.

El índico jacinto reverbera  
con claridad graciosa, mas, vencido  
por la luz de tus ojos, desespera.

Cuaja tus labios un rocío florido  
y es tu pecho melífica armonía  
en que el cesto de Cipris ha nacido.

Dominada por todo el alma mía,  
a ti se rinde y a gozar alcanza  
de tus ojos apenas la alegría  
pródigo en miel, do vive la esperanza,